


NOSOTROS LOS LATINOAMERICANOS Y TOYNBEE

Fernando Thauby García
Capitán de Corbeta IM

i aceptamos el concepto básico en que se apoya la interpretación del devenir humano, sostenido por Arnold Toynbee en su obra *Estudio de la Historia*, nos encontramos con una situación extraña: los latinoamericanos no somos.

Según el autor en cuestión, las unidades inteligibles de la historia de los diferentes grupos humanos no son las naciones ni períodos temporales, sino las sociedades. Sociedades formadas por naciones, en las que las experiencias que afectan a cada una de ellas son participadas por y afectan a las otras naciones del conglomerado. Así, las sociedades contienen un determinado número de ejemplares de la misma especie, y las cosas que le ocurren a cada una de ellas no son comprensibles sin tener una visión del todo. Partes diferentes reaccionan en forma **también diferente ante la causa general común**, y así cada una contribuye de un modo característico a las fuer-

zas que esa misma causa puso en movimiento. La resultante es la intensidad y dirección de marcha de la sociedad considerada. La respuesta y las consecuencias que esa respuesta produce en esa sociedad la va diferenciando progresivamente de las otras, adquiriendo cada una características predominantes. Así, algunas sobresalen en el arte, otras en religión, otras en habilidad industrial. Pero todas en pos del mismo objetivo final, explícito o implícito, cual es el perfeccionamiento espiritual. "Cada semilla tiene su propio destino, pero todas son de una misma clase, sembradas por el mismo Sembrador, con la esperanza de obtener la misma cosecha". 1

Toynbee distingue cinco sociedades existentes en el mundo actual. Dejaremos la cristiana occidental al último; las otras cuatro son:

1. La sociedad cristiana ortodoxa, en Europa sudoriental y Rusia.

1 Arnold J. Toynbee, op. cit., supra.

Desgarrada en su alma por la lucha entre el cristianismo ortodoxo y una nueva religión laica y materialista, el comunismo, que en su concepción total de la vida social ofrece un curioso paralelo con el islamismo.

2. La sociedad islámica, en África del Norte y Medio Oriente, desde el Atlántico hasta el lado exterior de la muralla china. Hoy es más perceptible que antes, al estar en ebullición.

3. La sociedad hindú, en el subcontinente indio. En recuperación de su identidad, después de la intrusión cristiana occidental.

4. La sociedad del Lejano Oriente, en las regiones subtropical y templada, entre el desierto asiático y el océano Pacífico. Actualmente sus características son poco perceptibles a simple vista, por encontrarse bajo el impacto tecnológico y religioso de otras dos sociedades contemporáneas, si se acepta considerar el marxismo como una clase de religión, y

5. La sociedad cristiana occidental. El autor analiza su extensión en tres planos diferentes.

En el plano económico, considera que su extensión incluye toda la superficie habitable y navegable del planeta.

En el plano político, considera evidente que su extensión es igualmente mundial, aunque habría que diferenciar el grado, calidad e intensidad de esa influencia. Es obvio que ante el impacto de las comunicaciones de masas este contacto existe, pero el grado de contacto es diferente, ya sea por dificultades materiales, económicas o reticencia de uno o ambos inter-

locutores. Igualmente, la influencia ideológica también existe, pero respecto a alguna de las otras sociedades es en un plano de antagonismo, lo que las hace efectivas principalmente en sus aspectos negativos. Su intensidad está íntimamente ligada a intereses económicos, lo que las hace fluctuantes en el tiempo e intensidad de ellas.

En el plano cultural, la sitúa en los países ocupados por pueblos católicos y protestantes en Europa occidental, América y los mares del Sur.

Antes de seguir adelante, es conveniente puntualizar algunos aspectos. Aun cuando el autor no lo indica claramente, cuando un inglés dice América esta refiriéndose a Norteamérica, y más concretamente a sus primos blancos, anglosajones y protestantes que viven entre el río Grande y el estrecho de Behring. Cuando explícitamente se refiere a los pueblos nativos que ocupan Centro y Sudamérica, menciona las sociedades andinas, yucateca, mexicana y maya, situándolas entre los fósiles, que serían elementos sobrevivientes de sociedades extinguidas. Estas sociedades habrían muerto sin descendencia.

Este certificado de defunción parece un poco prematuro. Si consideramos la diferente concepción de colonización existente entre los anglosajones y los latinos, esta conclusión parece excesiva.

Los representantes característicos de la época imperial, de la sociedad cristiana occidental, según este enfoque, serían los ingleses, en India, Medio Oriente, América y África. Sin intención peyorativa podríamos calificar su comportamiento como el de

pastores de hombres, es decir, conductores ilustrados de una masa nativa ajena a su sociedad. Esta masa fue instruida, entrenada y ocasionalmente exterminada o expulsada hacia tierras menos fértiles. La disolución del imperio no dejó naciones filiales de la metrópolis, sino estados nativos con una cultura superficial, remedo de la de los conquistadores, sin que ésta haya tocado su alma.

La concepción española - lusitana fue inversa. Una masa de nativos fue influida por una minoría conquistadora, pero en términos vitales. Se produjo un amplia mezcla racial y fusión cultural, en la que ambos grupos adquirieron características comunes nuevas, dando origen a un pueblo diferente. Aquí haremos un alto para volver sobre el tema posteriormente.

El hecho que existan estas sociedades implica que ellas nacieron. Este problema es interpretado a partir de dos posibles situaciones. Una, la sociedad considerada es descendiente de otra más antigua y otra, es completamente nueva y desarrollada a partir de una sociedad primitiva.

En el primer caso, las características que permiten afirmar filiación o descendencias son: la existencia de un Estado Universal, como etapa final de la sociedad paterna; una iglesia desarrollada en la sociedad antigua, y a su vez desarrollando la nueva, y la intrusión caótica de una edad heroica bárbara.

En el caso del nacimiento a partir de una sociedad primitiva, éste se pro-

duce en el momento en que por una razón desconocida (la chispa de Prometeo), una de estas sociedades cambia la orientación de su mirada desde el pasado al futuro, desde el culto a los muertos, valorización de la tradición y liderazgo de los ancianos, a la búsqueda de lo nuevo, siguiendo líderes innovadores. Abandona lo conocido y seguro, en pos de una arriesgada promesa de algo mejor. Esta búsqueda es similar al acto de caminar, una perpetua pérdida y recuperación del equilibrio mediante pasos sucesivos que llevan al caminante hacia adelante o hacia una caída, si falla en responder apropiadamente a los sucesivos problemas que su marcha le plantea. Lo más interesante de este planteamiento es que los problemas que deciden la continuación de la marcha, o la caída, son los que se producen en el espíritu de las sociedades.

Veamos ahora la naturaleza de esta razón desconocida que opera en el espíritu de las sociedades, que las saca del letargo primitivo y las impulsa a caminar, con los riesgos mencionados.

No es de carácter racial. Si juzgamos la calidad de las diferentes razas por sus productos, encontramos que de las 21 civilizaciones que han existido, o existen, la raza nórdica ha contribuido a cuatro o tal vez cinco; la alpina a siete o nueve; las mediterráneas a diez; la hindú a dos y la raza amarilla a tres. Sólo la raza negra no ha contribuido a otra raza, hasta ahora.

Tampoco es el contorno físico, en el sentido que aquellos lugares que por su clima, topografía y fertilidad

harían más fácil la vida y desarrollo de sus habitantes.

La causa sería un mecanismo que denomina de incitación y respuesta. Este consiste en un desafío lanzado a un pueblo primitivo, de tal naturaleza que sólo puede elegir entre enfrentarlo y lanzarse hacia el futuro, modificando totalmente su modo de vida, o rehuirlo y morir. Este desafío puede consistir en un país muy duro, la posibilidad de expandirse hacia uno muy fértil, los golpes propinados por otro grupo, las presiones ejercidas por los vecinos o los castigos u opresión a que lo sometían otros pueblos. Si este estímulo es demasiado leve no produce reacción; si es demasiado intenso o súbito no permite la reacción, y la sociedad en ciernes muere.

Cuando este estímulo es del tamaño apropiado, la sociedad afectada reacciona según un mecanismo de retiro y regreso. Este mecanismo consiste en un aislamiento o concentración en sí mismo, hasta definir su nueva personalidad y formas culturales y el regreso a la vida social, donde hará valer sus nuevas capacidades para imponerse a otros, por la fuerza o por el ejemplo. El mecanismo está muy claramente explicado en forma de mito, en el caso de San Juan Bautista, Buda, y más localmente de Juan Salvador Gaviota. En estos casos se ha personificado en individuos, en la realidad; este hecho se produce en un grupo más amplio que denomina minorías creadoras, que son las que en verdad hacen la Historia, mientras tengan algo que ofrecer al pueblo que guían.

Hemos visto que las incitaciones o desafíos son de carácter material, pero ellas interesan a los pueblos en la medida en que detiene, retarda o canaliza en una dirección no deseada el verdadero progreso. Este consiste en la transferencia del esfuerzo de la lucha por la vida, a planos cada vez más elevados. En la obtención de márgenes cada vez mayores de tiempo dedicado al ocio creativo, mediante la simplificación de las actividades rutinarias. Esta simplificación de las actividades mismas lleva implícita una complicación y sofisticación tecnológica; así, la actividad de las cuatro operaciones aritméticas va desde la laboriosa cuenta con pequeñas piedras o los dedos de las manos, al ábaco y la calculadora electrónica. La agricultura ha evolucionado desde las actividades de masas de campesinos, de dedicación exclusiva, hasta los campos despoblados que vemos hoy en las sociedades industrializadas, con altos rendimientos mediante la aplicación de la tecnología agroindustrial. El ocio creativo permite, a su vez, que los problemas e inquietudes de la sociedad se eleven a planos inmateriales cada vez más sofisticados en el arte, la religión, las relaciones entre los miembros de la sociedad, etc....

Volvamos ahora a la situación producida en Latinoamérica a la llegada de los colonizadores. Existían la sociedad andina, con sede en los actuales Perú, Bolivia y norte de Chile y Argentina, en estado de desarrollo a partir de sociedades primitivas y en pleno proceso de expansión y crecimiento, con caracteres culturales y religiosos definidos y ampliamente aceptados, y la sociedad mexicana, en

el actual México, prolongándose hacia Centroamérica sobre las ruinas de la civilización yucateca, siendo ambas hijas de la civilización maya, extinguida en el siglo VII d. de J., en similar estado de desarrollo que la andina

La descripción anterior deja amplios espacios despoblados u ocupados por bandas bárbaras, no integradas a ninguna de las dos sociedades en forma ya mencionadas, y con un grado de desarrollo cultural y religioso primitivo.

Los colonizadores, españoles o portugueses, técnicamente pertenecieron a la civilización cristiana occidental, pero en el hecho podemos comprobar que en Europa ésta se originó a partir de tres grupos diferentes, marcados por los límites del Imperio Romano en la época de Augusto. Al sur del Rin, los bárbaros latinizados; al norte del mismo río las bandas germánicas y nórdicas, que recibieron una influencia superficial de la sociedad romana, ya sea como adversarios militares o saqueadores de sus ruinas, y al este de los Alpes los eslavos, que recibieron la influencia en los mismos términos que los recién mencionados.

La siguiente influencia común, decisiva, fue el cristianismo. Inicialmente aceptado por los tres grupos, reaccionaron en diferente forma ante su influjo. Así encontramos que se dividió también en tres grupos, coincidentes en líneas generales con los anteriores. Al sur del Rin, la Iglesia Católica Romana, al norte la Reformada, y al este la Ortodoxa, cada una de las cuales ha hecho énfasis en aspectos diferentes de la misma doctrina.

El grupo más representativo y que ha tenido más éxito en la interpretación de los valores que caracterizan a la actual sociedad cristiana occidental, a la que perteneceríamos, es el de los pueblos de la Reforma; este grupo ha sido el motor del industrialismo, el mercantilismo, la libre empresa, el individualismo, etc.

De esta manera nos encontramos que somos la mezcla de una sociedad primitiva en estado de crecimiento, con valores culturales y religiosos ya nacidos y en desarrollo, y el segmento menos representativo, el español, del grupo de retaguardia de la sociedad cristiana occidental.

Esta situación lleva a plantearse muchas dudas, algunas de las cuales sugiero al paciente lector; ellas son:

Nuestro escaso éxito dentro del sistema de valores de la sociedad a la que perteneceríamos, ¿se debe al peso de *la noche* que menciona Suberchaseaux, o es que las diferencias que tenemos con los otros miembros de la sociedad son tantas que simplemente somos distintos?

¿Es más factible efectuar la *tour de force* de modificar los valores en ciernes o insuficientemente definidos que anidan en nuestras almas, para incorporarnos como miembros plenos, aunque sea como socios minoritarios, de una sociedad que aún no nos asimila, o intentar definir nuestro propio camino?

Las grietas que amenazan destruir a la sociedad cristiana occidental, tales como el desprecio a la vida, con el aborto; la destrucción de la familia, con el divorcio; la disolución de las naciones, con el asesinato del nacionalismo; el materialismo desenfrenado, etc., ¿se originan también en nuestras almas o sólo son amenazas externas a nosotros mismos y por lo tanto posibles de vencer sólo con rechazarlas?

¿Cuáles serían los valores que

caracterizarían esta posible sociedad católico -indiana?

¿Cuál sería nuestro rol, como nación, dentro de esta sociedad?

Las convulsiones que sufre actualmente el mundo sugieren que tal vez sea tiempo de definiciones de fondo o, dicho de otra manera, tal vez sea el desafío que podemos encarar, a riesgo de vencer o morir; o rehuir, al precio de perder nuestra alma.

BIBLIOGRAFIA

Arnold J. Toynbee, *Estudio de la Historia*, Emecé Editores S.A., Buenos Aires, 1951 - 59.

